



## *Why does Spain need to have its own geopolitical vision?*

### *Abstract:*

*Geopolitics has traditionally served to explain the international behaviour of a State and define its security objectives through its geographical variables. Until very recently, geopolitics aroused very little interest in Spain and the studies carried out in this domain were practically non-existent. With a favourable international context and a periphery of partner, allied, or simply non-hostile countries and, at the same time, belonging to powerful security organizations such as NATO and, to a lesser extent, the EU, Spain could ignore geopolitical concerns given that these had limited intensity and simple solution. However, as Spain has rapidly opened up to globalization, it has begun to understand the risks of disinterest in international issues in an international system that is becoming increasingly geopolitical.*

### *Keywords:*

*Geopolitics, interests, power, risks, security, vision, global, regional.*

### **Cómo citar este documento:**

FUENTE COBO, Ignacio. *¿Por qué España necesita tener una visión geopolítica?* Documento de Análisis IEEE 50/2023.

[https://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs\\_analisis/2023/DIEEEA50\\_2023\\_IGNFUE\\_Vision.pdf](https://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2023/DIEEEA50_2023_IGNFUE_Vision.pdf)  
y/o [enlace bie](#)<sup>3</sup> (consultado día/mes/año)

## Introducción. Geografía y poder

La geopolítica ha servido tradicionalmente para explicar el comportamiento internacional de un Estado y definir sus objetivos en política de seguridad a través de variables geográficas. En las últimas décadas esta disciplina académica parecía pasada de moda, debido a la mala fama que le habían conferido las teorías expansionistas de las primeras décadas del siglo XX y a la ausencia de enfrentamientos armados entre grandes potencias en el mundo de la posguerra fría, dominado por lo que el ministro de Asuntos Exteriores francés Hubert Vedrine llamó la «hiperpotencia» norteamericana<sup>1</sup>. Sin embargo, la globalización y el auge de nuevas potencias han devuelto la «testaruda» geografía a la realidad política. La geopolítica ha retornado con renovada fuerza y se ha convertido en una herramienta cada vez más utilizada para entender el mundo actual y explicar la forma en que los Estados interactúan y toman decisiones en política exterior y de seguridad.

La célebre fórmula de Yves Lacoste<sup>2</sup> «La geografía se usa, ante todo, para hacer la guerra» debe también interpretarse en un sentido complementario, pues, de igual modo, la guerra se usa para hacer la geografía de un país. Es lo que Robert Kaplan denomina «la venganza de la geografía»: los Estados pueden olvidar su geografía, pero nunca derrotarla. En el presente las guerras industriales han reaparecido en suelo europeo con toda su dosis de brutalidad y violencia. En consecuencia, los perfiles más agresivos de la geopolítica se han acentuado tanto que han convertido el ejercicio de las relaciones internacionales en un juego tan peligroso como apasionante.

La competición entre grandes potencias, que puede desembocar en conflictos abiertos; el irredentismo de potencias intermedias que creen haber alcanzado el momento histórico oportuno para reivindicar territorios; la lucha por los recursos y por las zonas de influencia, pero también la guerra en Ucrania o la confrontación en el mar de China y Taiwán han hecho que las bases de la geografía política que regían el orden mundial hasta épocas muy recientes se hayan vuelto alarmantemente débiles, hasta el punto de

---

<sup>1</sup> FRACHON, Alain. «Face à l'hyperpuissance, textes et discours 1995-2003, d'Hubert Védrine», *Le Monde*. 12 de diciembre de 2003. Disponible en: [https://www.lemonde.fr/archives/article/2003/12/12/face-a-l-hyperpuissance-textes-et-discours-1995-2003-d-hubert-vedrine\\_4289083\\_1819218.html](https://www.lemonde.fr/archives/article/2003/12/12/face-a-l-hyperpuissance-textes-et-discours-1995-2003-d-hubert-vedrine_4289083_1819218.html)

<sup>2</sup> LACOSTE, Yves. *La Géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*. La Découverte, París, 2012, p. 249.

que la posibilidad de conflictos abiertos entre potencias está hoy en día más presente que nunca.

Hasta una época muy reciente, la geopolítica despertaba un escaso interés en España y los estudios que se realizaban al respecto eran prácticamente inexistentes. Con un contexto internacional favorable y una periferia de países socios, aliados o simplemente no hostiles, la pertenencia a poderosas organizaciones de seguridad como la OTAN —y en menor medida la UE— permitía a España soslayar las preocupaciones geopolíticas, dado que estas eran limitadas y su solución sencilla.

La consecuencia fue que España se pudo permitir durante décadas relajar su política de seguridad y defensa en el entendimiento de que las amenazas eran prácticamente inexistentes, los riesgos fácilmente gestionables y, en caso necesario, las carencias de capacidades se las proporcionarían otros. La posición normal de España, en el contexto de integración europea y de seguridad euroatlántica en el que se movía, solía ser sumarse a la mayoría, con una estrategia de bajo perfil que normalmente le resultaba favorable. En estas circunstancias, el *bandwagoning* —en el sentido definido por clásicos del realismo estructural como Kenneth Waltz— se convirtió en el comportamiento principal y más sensato de nuestra política exterior y de seguridad y defensa, dado que proporcionaba un nivel aceptable de seguridad, al tiempo que evitaba asumir riesgos excesivos o compromisos inasumibles.

Esta actitud de pasividad geopolítica nos fue razonablemente bien y España durante mucho tiempo pudo optar, —siguiendo la célebre expresión de Samuelson— por la mantequilla, dejando relegados los cañones. Pero ello tuvo un precio que fue el desarme, de manera que, una vez acabada con la grasa militar, se pasó a rebanar la carne, hasta que empezó a aflorar peligrosamente el hueso de nuestras capacidades defensivas. Este comportamiento no fue exclusivo de España, muchos países siguieron la misma política, pero en nuestro país, a medida que pasaron los años, la situación fue adquiriendo tintes preocupantes.

Hoy en día, la situación de seguridad ha cambiado al mismo ritmo que se ha ido degradando el entorno internacional. La posibilidad de que los Estados se vean involucrados en una guerra abierta en el este de Europa o arrastrados a un enfrentamiento entre grandes potencia en la región del Indo-pacífico está modificando la

percepción española, haciéndola más receptiva a los problemas de seguridad internacional. Un efecto similar ejerce la aparición de un espacio geográfico en el norte de África que puede devenir ingobernable como consecuencia de la amenaza yihadista en el Sahel, con voluntad de expandirse hasta el golfo de Guinea y la costa atlántica africana.

España se ha ido abriendo rápidamente a la globalización y ha empezado a comprender los riesgos que comporta el desinterés por los problemas internacionales en un sistema internacional que es cada vez más geopolítico. En un mundo donde —como indica Robert Kagan— «la jungla ha vuelto», los ciudadanos españoles poco a poco comienzan a comprender que la seguridad nacional está intrínsecamente ligada al poder del Estado, y este es prisionero de su situación geográfica. Es la geografía la que marca el grado de seguridad de un país y decide su futuro.

El interés que la geopolítica ha empezado a despertar recientemente en España obedece, por tanto, a una creciente preocupación por dar respuesta a los riesgos y amenazas a los que nos enfrentamos, en el entendimiento de que algunos de ellos —consecuencia de la rivalidad sistémica entre potencias, las apetencias territoriales, las corrientes ideológicas y religiosas extremas o el auge del nacionalismo— han adquirido un carácter existencial, es decir, amenazan a nuestro territorio, a nuestra población, a nuestras instituciones o a nuestra economía.

La visión política de la geografía ayuda a decidir si la situación de inestabilidad —e incluso de guerra convencional o híbrida— en amplias regiones de Europa oriental, Extremo y Cercano Oriente, el norte de África y el Sahel se ha convertido en una amenaza existencial para España y hasta qué punto afecta a nuestros intereses vitales. La alternativa a una visión geopolítica propia es asumir que otros nos dicten la suya, algo que resulta inaceptable, aunque solo sea por los peligros que conlleva seguir pasivamente los intereses de otros, incluido el riesgo de vernos arrastrados a guerras equivocadas.

### **La geografía como activo estratégico**

La necesidad de definir respuestas nacionales exige un cuidadoso análisis de los riesgos y amenazas desde una perspectiva geopolítica propia que se ve reforzada por lo que

Tucídides define como «miedo, interés propio y honor»: la trilogía de las motivaciones básicas del comportamiento de un Estado. El análisis geopolítico exige responder a un doble dilema de seguridad: por una parte, atender a la satisfacción de los intereses nacionales frente a los riesgos y amenazas; por otra, garantizar el cumplimiento de las obligaciones internacionales contraídas, así como las propiamente nacionales, con las capacidades de que se dispone.

La evaluación correcta de esta doble ecuación resulta esencial para la seguridad del Estado, hasta el punto de que, como la historia nos muestra, muchas naciones nunca se han recuperado de una mala resolución de la misma. La valoración comienza por identificar los activos estratégicos con los que cuenta el país para diseñar una política de seguridad coherente y creíble. El primero y principal de estos activos es la posición geográfica. De la misma, se derivan otros activos complementarios como son la capacidad de proyección sobre otros espacios geográficos o la influencia estratégica, entendida como la facilidad para actuar sobre espacios de poder no estrictamente geográficos.

España tiene una posición geográfica favorable en la que, a los elementos mencionados, cabría sumar el idioma o la dimensión iberoamericana, que también son factores geopolíticos que sirven para potenciar nuestro peso internacional. En este sentido, la posición geográfica de nuestro país es singular y privilegiada y nos proporciona un importante valor añadido a la hora de definir los elementos esenciales de nuestro comportamiento internacional y establecer los fundamentos de nuestra política exterior y de seguridad. Situada entre dos continentes —Europa y África— y casi una isla a caballo de tres mares —Mediterráneo, Atlántico y Cantábrico—, España se abre a través del Mediterráneo hacia Oriente Medio, el norte de África y el Sahel. Por su parte, el Atlántico nos conecta con las grandes vías de comunicación oceánica y nos proyecta hacia América, lo que hace de España un país eminentemente marítimo.

La condición marítima es un activo relevante frente a los Estados europeos continentales encerrados por la geografía algo que, en la época de la globalización, realza el valor estratégico de España, dado el fácil acceso desde la península ibérica a las grandes corrientes globales de circulación de bienes y de generación de cadenas de valor que son los mares.

Ahora bien, la presencia al oeste de Portugal —un Estado separado de España por una «raya» geográfica artificial, durante varios siglos una frontera invisible casi insalvable entre ambos países— ha privado a España de la mayor parte de la fachada atlántica. Lisboa es el puerto por excelencia del Atlántico ibérico y su punto natural de acceso hacia y desde el interior de la Península, y solo la necesidad ha obligado a sustituirlo por puertos gallegos y andaluces. Desde Lisboa salió la gran armada a la conquista de Inglaterra y las flotas británicas opuestas a la monarquía hispana también utilizaron esta ciudad como punto intermedio en su ruta hacia el Mediterráneo.

Puede decirse que la historia nos llevó por derroteros distintos que condujeron a la creación de dos Estados en una sola península ibérica, lo que creó un sentimiento de desconfianza que marcó el comportamiento recíproco durante siglos. No obstante, las relaciones entre ambos países ibéricos han sido tradicionalmente amistosas y actualmente gozan de una excelente salud, acentuada por la pertenencia compartida al espacio europeo y euroatlántico. Hoy en día, la necesidad de afrontar desafíos comunes debería permitir la creación de una comunidad geopolítica ibérica basada en intereses compartidos que tendría un tamaño equivalente a las grandes potencias europeas, a las que superaría en extensión geográfica y con las que se equipararía en población, riqueza y poder militar. Su efecto sinérgico facilitaría una mejor defensa de los intereses de ambos Estados peninsulares en el espacio europeo, dada la mayor capacidad de interlocución.

Por otra parte, la geografía no ha situado a España en el centro de Europa sino en la periferia. El carácter excéntrico de España se ha considerado tradicionalmente una debilidad, ya que la aleja de los centros de decisión continentales y de las grandes corrientes que han conformado la geopolítica europea de los últimos siglos. Esta posición geográfica desplazada al sur y al oeste del continente europeo ha mantenido a España aislada, lo que reforzado el hecho de que nuestro país sea una península unida al continente europeo por los Pirineos, una barrera montañosa difícil de franquear. La orografía peninsular, con una extensa meseta central, escasa pluviosidad y abundantes sistemas montañosos, convierte a España en una fortaleza compartimentada e inexpugnable ante cualquier invasión, pero también acentúa su aislamiento.

No es de extrañar que, durante la época de la Guerra Fría, España jugase un papel marginal en la estrategia aliada, limitado a su actuación como zona de retaguardia del

teatro de operaciones europeo frente a una eventual invasión soviética y punto de entrada de los potenciales refuerzos que pudieran llegar de la otra orilla del Atlántico.



Sin embargo, en el contexto actual de guerra abierta en Europa oriental, la posición geográfica de España se ha revalorizado. Situada a 4000 kilómetros de Siria, 3000 de Rusia, 2000 de Libia y otros tantos del Sahel, puede afirmarse que España se encuentra en la «esquina buena» del Mediterráneo y en una situación geográfica favorable en Europa. Su lejanía relativa de los conflictos que asolan la periferia de Europa y su situación geográfica de «casi-isla» hacen que estos repercutan sobre los intereses de España, pero sin la intensidad dramática que suponen para países más próximos como Polonia o las repúblicas bálticas. Incluso la situación en Libia tiene mayor incidencia sobre Italia que sobre España.

Los conflictos mencionados nos afectan con carácter general, dada nuestra condición de socios europeos y aliados atlánticos y, por tanto, interesan a nuestra geopolítica, pero ninguno de ellos supone en las circunstancias actuales una amenaza existencial para nuestro territorio, población, instituciones o economía. El relativo alejamiento geográfico frente a los conflictos que tienen lugar en la periferia de Europa permite a España afrontar

sus problemas de seguridad con cierta «tranquilidad estratégica» y con un menor sentido de urgencia que nuestros vecinos europeos o socios euroatlánticos.

La sensación de seguridad de la que ha gozado España en las últimas décadas —consecuencia de un entorno internacional estable—, unida a los efectos de una memoria colectiva todavía sometida a los traumas de un pasado imperial, ha producido grandes reticencias al intervencionismo externo en la opinión pública española. El resultado ha sido una preferencia por las operaciones de gestión de crisis de alcance limitado y elevado grado de legitimidad, desarrolladas en el marco de las organizaciones colectivas a las que pertenece España.

No es una característica exclusiva de España, sino que la comparte con sus socios europeos y responde a un razonamiento lógico: la globalización hace que problemas de seguridad originados en escenarios lejanos —como el terrorismo, los conflictos regionales o las migraciones incontroladas— tarde o temprano terminen asomándose a nuestras fronteras, aprovechando la interconectividad geográfica. La intervención en estos escenarios sería la forma natural de anticiparse a la posibilidad de que problemas lejanos desborden los ámbitos geográficos en los que se originan y afecten al nuestro.

Ello se ha traducido, en el plano militar, en operaciones relativamente sencillas y de bajo coste, aunque sus resultados han sido con frecuencia decepcionantes. Esta concepción de las operaciones en las que se priorizaba la gestión de crisis ha tenido también su correspondencia en la adquisición de las capacidades con las que se han venido dotando las Fuerzas Armadas en las últimas décadas. Se privilegiaron los medios ligeros, expedicionarios y poco demandantes en cuanto a necesidades de personal y coste económico, sobre los caros, pesados y de alta exigencia operativa y logística, propia de las operaciones militares convencionales.

Al mismo tiempo, se renunció al desarrollo del arma nuclear, a pesar de la autonomía estratégica que proporciona, en la confianza de que las garantías de seguridad frente a una amenaza de este tipo serían cubiertas por los aliados, fundamentalmente norteamericanos, que cuentan con ellas. La solidez de los tratados aseguraría que las potencias nucleares estarían dispuestas solidariamente a asumir riesgos existenciales en beneficio de sus aliados desprotegidos. La disuasión nuclear aliada, en la que España

participa sin decidir, constituye así la única garantía de defensa con la que el país cuenta frente a cualquier amenaza nuclear, dado que España no puede responder por sí misma.

### **Visión global y enfoque regional**

España es un país eminentemente europeo y atlántico y forma parte, por tanto, de un espacio geográfico donde comparte valores e intereses con sus socios europeos y aliados atlánticos. Ello nos obliga a mantener una visión de los problemas globales de seguridad donde el análisis de los riesgos y las amenazas es básicamente similar al de nuestros socios y aliados pero, al mismo tiempo, debemos ajustar nuestro comportamiento internacional de acuerdo con las prioridades de nuestra seguridad nacional, que no son siempre coincidentes con las de ellos.

En este sentido, España se presenta como una potencia media en el entorno internacional y una relativamente grande en Europa por tamaño geográfico, población, economía y Fuerzas Armadas, por lo que contempla los problemas de seguridad con una visión global, pero prioriza su acción exterior siguiendo un enfoque regional. Esto significa asumir que nuestros intereses, al igual que nuestras preocupaciones de seguridad, se extienden por todas las regiones del mundo. Sin embargo, no todas ellas tienen la misma importancia para España, algo que, por otra parte, ocurre con las potencias grandes y medias.



La posición geográfica de España y su visión geopolítica permiten hacer una clasificación de las distintas regiones del mundo en función de las prioridades que representan para los intereses y la seguridad española, con una importancia decreciente cuanto más lejanas estén de nuestro territorio nacional. La ley de la distancia indica la necesidad de dar mayor relevancia y, por tanto, proporcionar mayor intensidad en la respuesta a los riesgos y amenazas que están más próximos a nuestras fronteras.

Aunque la globalización ha matizado esta visión tan categórica acercando a nuestros intereses de seguridad regiones geográficamente muy lejanas, en líneas generales la regla se mantiene. De esta forma, la definición de los grandes objetivos estratégicos nacionales se simplifica y se facilita una mejor evaluación de las posibilidades de éxito en su consecución, con lo que se evitan errores groseros de cálculo.

Desde esta perspectiva, sigue habiendo una diferencia cualitativa y cuantitativa importante en cuanto a las preocupaciones nacionales de seguridad entre los distintas regiones. Lo que ocurre, por ejemplo, en el Indo-Pacífico, donde nuestros intereses son limitados y donde España puede aportar poco valor añadido en el campo de la seguridad global importa menos que lo que tiene lugar en el Mediterráneo, especialmente en su

parte occidental, y el norte de África, donde España tiene fuertes intereses y puede aportar un importante valor añadido a un espacio geográfico cuya estabilidad es prioritaria.

En el caso de Ucrania, la lejanía geográfica ha hecho que tradicionalmente el país no fuera considerado de interés vital para España. Desde una perspectiva exclusivamente nacional, podría aceptarse una Ucrania convertida en un Estado amortiguador entre el espacio europeo y Rusia, sin que ello afectase a nuestra seguridad. Ahora bien, la agresión rusa sobre el territorio ucraniano internacionalmente reconocido, el carácter de guerra abierta que ha adquirido el conflicto y los compromisos que ha asumido España en el marco de la solidaridad aliada y europea han modificado la importancia de Ucrania dentro de la ecuación de la seguridad española.

La posibilidad de que el proceso de escalada militar lleve a una confrontación abierta entre la OTAN y Rusia y los compromisos de participación que ello supondría para España en función de los tratados suscritos han convertido a Ucrania en un objetivo estratégico relevante para la seguridad española, una situación que hasta el comienzo de la invasión no lo era. La solidaridad atlántica alinea a España con sus socios y aliados, algo que parece lógico ya que comparte con ellos intereses y preocupaciones de seguridad.

Pero con ello asume riesgos existenciales, incluida la posibilidad de verse involucrada en un conflicto abierto en el este de Europa contra una potencia nuclear. Esta posibilidad obliga a tener un extraordinario cuidado a la hora de decidir el alcance de los compromisos que se adquieren en un escenario potencialmente catastrófico para España, pero también lo es para evitar «sorpresas estratégicas» en escenarios del sur, donde sí existen intereses vitales. No obstante, la geografía vuelve a jugar un papel moderador y la distancia con Ucrania debería atemperar la intensidad de nuestros intereses y compromisos de seguridad, que quedarían suficientemente satisfechos subordinándolos a los definidos con carácter general en el marco la Alianza Atlántica y de la Unión Europea.

En lo que respecta a los conflictos en el Mediterráneo oriental, como el israelí-palestino o el de Siria, la posición geográfica de España juega un papel determinante para entender el alcance de nuestros intereses nacionales. La lógica geográfica indica que,

en líneas generales, la mayor lejanía de una zona en conflicto disminuye la importancia de nuestros intereses. Evidentemente, esto podría matizarse en función de factores que alteran la generalidad de la regla: la existencia de recursos vitales para nuestra economía como el petróleo o el gas, la gravedad de los riesgos y amenazas terroristas que se generan en los diversos territorios o los lazos históricos. Sin embargo, ninguno de estos factores se presenta en esta parte del Mediterráneo con un grado de intensidad para España equiparable al de otras potencias regionales o globales, por lo que la aportación de nuestro país en la resolución de sus conflictos es limitada.

Desde la perspectiva de la seguridad, la proximidad del norte de África y, de manera especial, de las regiones del Magreb y del Sahel hace que su importancia sea mayor, hasta el punto de que pueden considerarse áreas vitales para España, tal y como se contempla en las diversas Estrategias de Seguridad Nacional aprobadas hasta la fecha. Esta mayor relevancia geopolítica y la política exterior y de seguridad y defensa que adopta España respecto a esta zona se traduce en la existencia de importantes intereses económicos y de seguridad.

Así pues, la proximidad geográfica convierte de *facto* a los actores regionales en socios estratégicos, tan convenientes como complicados. Impedir una escalada militar que lleve a la confrontación directa, fomentar el diálogo y la integración económica y política para facilitar la estabilidad y evitar que los efectos más perversos de la competencia entre potencias regionales afecte a los intereses españoles en temas tan sensibles como la energía, la inmigración o el terrorismo yihadista siguen siendo objetivos vitales para nuestro país.

Con independencia de que el reforzamiento de las relaciones cooperativas con los socios norteafricanos, basadas en intereses económicos y de seguridad comunes, sirva para reducir las tensiones regionales, la disuasión sigue siendo la piedra angular de cualquier geoestrategia española coherente y creíble que incluya una dimensión de seguridad, y constituye un condicionante permanente para definir las prioridades de la defensa nacional. Esta política militar, basada en capacidades militares más avanzadas que permitan defendernos en todo el espectro del conflicto, debería ser imprescindible para evitar una «sorpresa estratégica» e impedir cualquier reivindicación territorial sobre nuestros espacios de soberanía.

Más alejado geográficamente queda el Sahel, cuyas características geopolíticas y condiciones de seguridad hacen que quede dentro de las zonas de interés estratégico prioritario para España, pese a que no exista una continuidad geográfica con la península ibérica. En esta región surgen problemas locales como el terrorismo, el crimen organizado o las migraciones incontroladas, cuyos efectos terminan afectando a nuestra seguridad. Aquí, la posición de España como país europeo más próximo a la región adquiere un papel relevante. La lógica geográfica indica que España es la vía natural de acceso desde Sahel a Europa y viceversa, sin que las alteraciones geopolíticas producidas por conflictos como el de Libia en el Mediterráneo central o el de Siria en el oriental hayan modificado esta realidad.

En el Sahel, a diferencia de otros escenarios de interés, España puede aportar un importante valor añadido a la seguridad euroatlántica, lo que resulta particularmente interesante en los actuales momentos de retirada estratégica europea de este escenario regional. España podría, con una visión geopolítica propia, impulsar y liderar iniciativas más ambiciosas en el marco de la Unión Europea o de la OTAN, buscando la estabilidad regional. La Brújula Estratégica de la Unión Europea principalmente y en menor medida la Estrategia de Seguridad Cooperativa de la Alianza Atlántica constituyen marcos adecuados para sacar adelante tales iniciativas, ahora que la guerra en Ucrania ha desviado la atención de la región sur y ha desplazado las preferencias estratégicas aliadas y europeas excesivamente hacia el este.

Un caso distinto sería el de Gibraltar, que se sitúa en el pasivo geopolítico. Su condición colonial devalúa el peso geopolítico de España, que soporta en su territorio la colonia de un país aliado por tratado. La geoestrategia seguida en las últimas décadas de apaciguamiento basada en lo que eufemísticamente se ha denominado el «colchón de intereses». Esta no ha producido el resultado el esperado y ha proporcionado a Gibraltar unos privilegios sobre espacios aéreos, marítimos y terrestres que el Tratado de Utrecht, que regula su estatuto jurídico, no le confiere.

Sin embargo, la geografía una vez más impone sus leyes. Gibraltar está donde está y es lo que es: un pequeño cuerpo exógeno situado en el espacio geográfico español, del que depende y al que parasita. Aquí, el tiempo juega en favor de España a medida que decrece el diferencial geopolítico con la potencia colonial y la convergencia de intereses con ella se acrecienta. Así pues, bastaría una geoestrategia firme y constante en el

tiempo que aproveche circunstancias históricas favorables como el Brexit, para revertir a su orden natural una situación que debería estar ya resuelta.

### **Proyección y profundidad estratégica**

La capacidad de proyección hacia otros escenarios geográficos de España está estrechamente relacionada con su posición geográfica. Aquí desempeñan un papel importante los archipiélagos de Canarias y Baleares y las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla, parte integrante de la soberanía nacional y elementos fundamentales de la visión geopolítica española.

Las ciudades autónomas confieren a España la singularidad de tener presencia física en el continente africano, una característica con la que no cuenta ninguna otra nación europea. Su existencia obedece a razones históricas, pero fundamentalmente estratégicas. Ceuta y Melilla son el resultado de un proceso histórico que, en el contexto actual, adquiere un nuevo valor geopolítico. Ambas ciudades se han convertido en «termómetros» para medir la temperatura de lo que ocurre en el norte de África. Ello facilita el diseño de estrategias de respuesta y proporciona un importante valor añadido, dada la aportación de España a la seguridad de sus socios europeos y atlánticos.

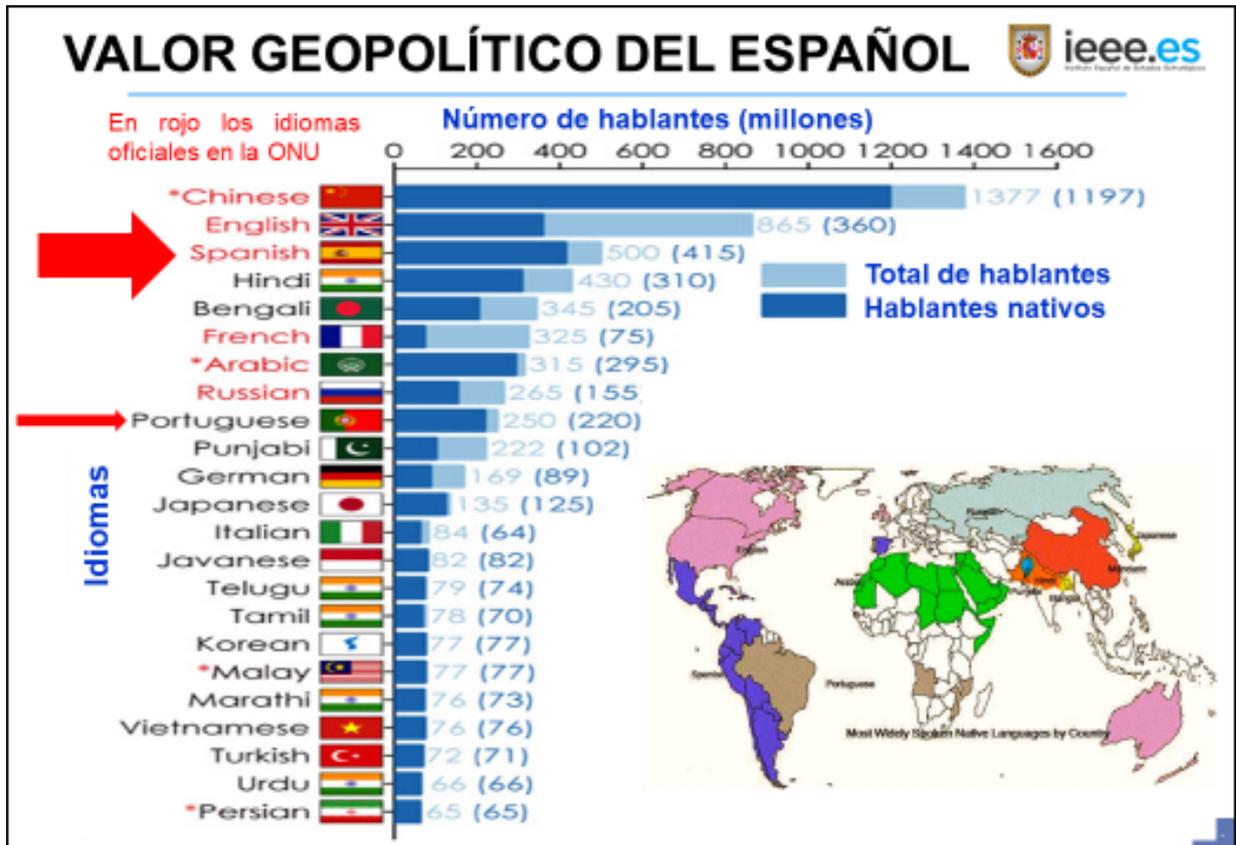
De las dos ciudades, Ceuta proporciona una ventaja adicional: contribuye, junto con la orilla norte del estrecho de Gibraltar, a garantizar el tráfico marítimo a través de él y, por ende, la seguridad de navegación entre el Atlántico y el Mediterráneo. El hecho de que España tenga la capacidad potencial de controlar ambas orillas del Estrecho constituye un activo estratégico en sí mismo, de gran relevancia para la seguridad euroatlántica.

Los archipiélagos, por su parte, proporcionan profundidad estratégica a la plataforma continental española y permiten proyectarnos hacia el Mediterráneo central y oriental en el caso de las Baleares y hacia la fachada atlántica africana en el caso de las islas Canarias. Estas últimas, situadas en el flanco occidental del Sahel, pueden jugar un papel importante en el esquema de seguridad español y europeo frente a los problemas crecientes en el Sahel y el golfo de Guinea.

Asimismo, la proyección geopolítica de España incumbe al ámbito iberoamericano, donde la lengua juega un papel fundamental. Si la guerra, como decía Clausewitz, es la continuación de la política por otros medios, igualmente cierto es que el lenguaje es una

prolongación de la geopolítica. De esta manera, el proverbio latino «Quien gobierna, impone la religión» puede reinterpretarse como «Quien impone el lenguaje, gobierna», o por lo menos tiene ventaja frente a otras potencias. El uso abrumador que las potencias anglosajonas hacen de la lengua inglesa es la mejor prueba del valor geopolítico que tiene el idioma como herramienta de poder.

La geografía ha proporcionado a España la oportunidad de proyectarse a través del Atlántico al continente americano, donde la larga historia de su presencia ha llevado a que hoy en día el español sea la lengua oficial de diecinueve países, además de en España y Guinea Ecuatorial, y tenga un cierto grado de reconocimiento en Filipinas y en el territorio del Sahara occidental. Con una comunidad hispanohablante de 580 millones de personas distribuidas por los cinco continentes, el español es la segunda lengua mundial por su número de hablantes nativos. Puede decirse, por tanto, que la geopolítica de España es inseparable de su acción en América, donde la lengua ha permitido conformar un modelo de civilización propio con un enorme valor geopolítico en sí mismo.



La lengua española es, por tanto, un activo geopolítico de primera magnitud a la hora de promover los intereses nacionales. El idioma es una palanca para potenciar la imagen y

la capacidad de influencia de España en el mundo, y le proporciona un peso internacional que de otro modo no tendría. La lengua permite a España ser la puerta de acceso de Iberoamérica a Europa y viceversa, un aspecto que se ve reforzado por las importantes y crecientes comunidades iberoamericanas asentadas en el territorio español, que se está convirtiendo en uno de los principales motores económico de Iberoamérica.

Iberoamérica constituye así la principal prioridad geopolítica de España en el campo político, social, económico y cultural, aunque su relevancia en el ámbito de la seguridad sea menor. Ello no es óbice para que la relación histórica y cultural con el conjunto de los Estados que constituyen el espacio iberoamericano defina la principal línea de acción de cualquier geoestrategia que se elabore en España, dada la permanencia en el tiempo de sus objetivos.

Esta relación preferencial con Iberoamérica debe tener una traducción pragmática en el ámbito de las relaciones económicas, donde el idioma puede ser utilizado como una herramienta prioritaria para ganar y consolidar mercados e influencia frente a competidores que no lo dominan. Mantener la relación privilegiada con Iberoamérica, aumentar nuestra influencia y evitar que otras potencias nos desplacen sigue siendo uno de los grandes desafíos, a la vez que constituye una prioridad geopolítica permanente de España.

Este proceso se ve complementado por la afinidad sustancial del español con el portugués, que hace de ambas lenguas ibéricas los dos únicos grandes idiomas en términos de número de hablantes recíprocamente comprensibles, hasta el punto de que con frecuencia son considerados internacionalmente casi uno<sup>3</sup>. Esta afinidad permite a España y Portugal proyectarse en un gran espacio multinacional de países de lenguas ibéricas, que abarca todos los continentes, compuesto por una treintena de Estados y más de 700 millones de personas que conforman la décima parte del planeta y el primer bloque lingüístico del mundo.

La creciente convergencia entre la Comunidad Iberoamericana de Naciones y la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa debería articular un inmenso espacio geopolítico de Estados de lenguas ibéricas que podría utilizarse para incrementar la

---

<sup>3</sup> DURÁNTEZ PRADOS, Frigidiano Álvaro. «La articulación del “mundo ibérico”, una realidad geopolítica para el siglo XXI», *Nueva Revista de Política Cultura y Arte*, n.º 158. 2018, pp. 90-103.

visibilidad y el peso internacional de España y del mundo iberófono en general, equilibrando en términos de influencia la preponderancia actual del inglés y proporcionando una cosmovisión geopolítica alternativa de la dominante de corte anglosajona.

### **Consideraciones finales. La geopolítica importa para España**

Las tendencias geopolíticas actuales indican que los Estados se muestran cada vez más asertivos y la geografía importa cada vez más. En un contexto donde el consenso sobre las reglas diseñadas para gobernar las relaciones internacionales pacíficas se está desvaneciendo rápidamente, la necesidad de una visión geopolítica propia se ha convertido también para España en un elemento fundamental a la hora de definir nuestra política de seguridad.

Hasta una época reciente, la pertenencia a organizaciones con enorme capacidad política y militar como la OTAN —y hasta cierto punto la UE— ha garantizado la seguridad de España, basada en la defensa colectiva compartida con sus socios y aliados. Las garantías proporcionadas por la Alianza Atlántica en función del artículo V del Tratado de Washington aportaban una gran tranquilidad geopolítica a España, permitiéndole priorizar el desarrollo económico y el mantenimiento del estado de bienestar sobre las preocupaciones de seguridad, en el entendimiento de que estas eran pequeñas y, en caso de necesidad, los aliados nos ayudarían.

No obstante, la posesión de territorios en el norte de África, no cubiertos por el paraguas defensivo de la Alianza Atlántica, y la ultra-excentricidad del archipiélago canario confieren a España una singularidad geopolítica que se refleja en su política de defensa. La posibilidad de actuación militar en solitario es un rasgo específico de España que no poseen la mayoría de nuestros socios y aliados y que nos obliga a adoptar políticas militares con características propias, en las que la disuasión constituye el elemento fundamental de nuestra estrategia de seguridad.

Por otra parte, la guerra de Ucrania y la posibilidad de que esta se extienda al territorio atlántico nos sitúan en un escenario de potencial guerra abierta en Europa que antes de la invasión rusa no existía. Si bien ello ha fortalecido la cohesión política y militar entre los aliados atlánticos y socios europeos frente a la agresión rusa, también ha devaluado

la visión 360 grados favorecida por España, que contempla las amenazas procedentes del sur al mismo nivel que Rusia.

No obstante, esta preferencia renovada europea y atlántica por la defensa colectiva — consecuencia de la agresión rusa— en detrimento de la gestión de crisis, menos exigente militarmente, está teniendo la virtud de provocar un proceso virtuoso de potenciación de nuestras capacidades de defensa, revirtiendo décadas de decadencia militar. El resultado final debería ser positivo, al reforzarse la disuasión nacional e incrementarse, en igual medida, la seguridad del país.

Si en Europa la política de seguridad española goza de una autonomía limitada, por estar supeditada a las de la OTAN o la UE, en África, por el contrario, España puede jugar un papel más autónomo y aprovechar su ventajosa posición geográfica para proporcionar valor añadido a la seguridad euroatlántica. La tierra de la vid y el olivo que es el Mediterráneo debe ser entendida como un espacio de unión entre el sur de Europa y el norte de África, al igual que lo fue en el mundo antiguo, en lugar de como una línea divisoria entre la próspera Europa y sus antiguas colonias. Ello resulta especialmente necesario en estos momentos, pues las preocupaciones europeas están centradas en el este, al tiempo que los problemas de seguridad en regiones como el Sahel comienzan a alcanzar niveles preocupantes.

España sigue siendo el Estado europeo más próximo a África y se ha convertido en su frontera suroccidental. La cercanía geográfica hace que los problemas africanos derivados de la debilidad estructural de muchos de los Estados del continente y de sus importantes desafíos políticos, económicos y sociales sean percibidos de una manera cada vez más intensa por la sociedad española, ya que afectan a su seguridad. Herramientas como la cooperación civil y militar, la ayuda al desarrollo, el refuerzo de las capacidades africanas de gestión de crisis o la respuesta ante situaciones de desastre humanitario son instrumentos especialmente apropiados para que España consiga una mayor y más efectiva presencia en esta región.

Para ello, España debería aprovechar la ventaja comparativa que supone no estar condicionado por un pasado colonial discutido y el apremio que exige la resolución de problemas que se originan en África pero que afectan cada vez más a Europa, como el tráfico de drogas, el terrorismo, las enfermedades infecciosas o la inmigración ilegal, a

los que se han sumado recientemente la competición por los recursos del continente o la presencia de grupos paramilitares hostiles.

En un entorno internacional dominado por un número reducido de grandes potencias, donde los espacios geográficos en los que las potencias medias pueden actuar autónomamente están limitados, España puede utilizar las ventajas que le proporciona su ubicación para posicionarse mejor en la defensa de sus intereses y aumentar su peso internacional. Ello debería traducirse en una visión política desde nuestra posición geográfica que priorice el papel de interlocutor natural de Iberoamérica en la Unión Europea y de principal promotor de las iniciativas de seguridad africanas en Europa y en la OTAN.

En mayo de 2023, la televisión franco-alemana Arte definía a España como una «potencia discreta», pero más acertado hubiera sido calificarla de «potencia amable». España tiene mucho de lo que Joseph Nye denomina «poder blando», entendido como la capacidad de influir positivamente en su entorno geopolítico, más allá del ejercicio del poder militar. Por su posición geográfica, su economía, su apertura al mundo y su forma de entender los problemas de seguridad internacional, España se ha convertido en una nación prudente, lo que le proporciona un amplio campo para desarrollar su potencial geopolítico.

La mejor forma de poner en valor este capital geopolítico pasa por ajustar, con visión propia, nuestro comportamiento en la esfera internacional en función de los intereses nacionales y los compromisos internacionales, pero también de nuestra voluntad de contribuir, en la medida de nuestras posibilidades y capacidades, a la paz y la seguridad global. De esta manera podremos tener una razonable garantía de que, si no nos sentamos en la mesa donde se decide el nuevo orden global, tampoco nadie nos incluirá en el menú.

*Ignacio Fuente Cobo\**  
Coronel de Artillería. Analista Principal